

Las pingüedades del Reino de Cristo

Desde este otero airoso del tiempo pascual, desde el que se contemplan las dos vertientes del año litúrgico: la enhiesta y áspera de Cuaresma, arrancando entre los frios del ciclo de Navidad, y la vertiente ya más remansada, como una solana, de Pentecostés, me complace remarcar las dulzuras de la herencia de Jesucristo, gustar en mi mente las pingues suavidades del Reino de Cristo, reino que **El**, con su pasión y muerte, nos ganó, reino en el cual estamos venturosamente implantados, pero respecto al cual nos olvidamos fácilmente del divino precio de su don.

En lo divino, más aún que en lo humano, nos olvidamos demasiado fácilmente de la fuente de nuestro bienestar: nuestros sentidos se embotan, nuestra memoria se apelmaza y nos hacemos indignos de aquella felicidad en la cual nos desvanecemos. Somos como hijos de casa buena, que fácilmente se olvidan de las fatigas que por ellos pasó el padre, y elegantemente dilapidan el fruto de sus fatigas y sudores. Pues bien, yo que, por gajes de mis estudios, he debido pasar largas temporadas en países de religión diferente de la nuestra, que he podido percibir los grandes desniveles morales ante el Reino de Cristo y lo que es país de infieles, puede ser, quizá, más sensible que otros a los títulos de este Reino de Cristo, al prestigio de sus suavidades y sus amabilidades, y de ello quisiera hablar algo al lector, desde este amable otero pascual.

; Ay, no siempre, afuerza de estar ahitos y saciados, nos damos buena cuenta de que estamos sentados en la mesa del Padre, gozándonos de las pingüedades de su haza y de su florido huerto ; En verdad la esencia de la decantada civilización occidental -más adecuadamente llamada civilización cristiana- está constituida por un clima de caridad. Sólo en este clima ha podido lozanear cumplidamente la familia humana, y bajo su sol y al aflujo de sus suaves alisios podemos asistir a la eclosión del más alto espiritualismo que ha podido alentar la persona humana. No han sido los teorizantes, ni los

001/12 31A

filósofos los que han labrado este clima de espiritualidad, antes al contrario. A menudo ellos se han beneficiado de este clima para destilar impunemente sus teorías, que aspiraban a amortiguar aquel clima. Los excesos de la revolución francesa, los sadismos del comunismo, ya en Rusia, en España o bien en China, son el triste exponente de aquellas teorizaciones vueltas de espaldas a la caridad del Reino de Cristo.

Fero no quiero hablar de estos choques drásticos. Antes bien desearía apuntar a aquella exegesis, tan recibida y propalada, que pone en el haber de la ciencia de la mundana educación lo que en justicia pertenece a la herencia sobrenaturalmente caritativa de Jesucristo. Es una crítica exegetica que cambia valores de signo religioso por simples valores intelectuales o formales. Desorbita estos últimos y desconoce los primeros. Comete la misma injusticia de aquel que valorara la providencia y el amor de un padre con un criterio simplemente de justicia distributiva. Y aquélla mirada alta, tensa y suave, que descubre el interior del hijo, como si mirara Dios? Y aquel tono cálido y entrañable de la voz -eco de la de Dios-, que informa, educa y alimenta el corazón filial? Todo esto, inefable, es sólo técnica científica? Pues análoga injusticia cometen los que no descubren la dulce paternidad de Cristo, a través del magisterio de su Iglesia, en la conformación de nuestra cultura occidental. Hay que reconocer una "constante" cristiana, inefable, de signo sobrenatural, en el último hondón de nuestra alma, y a ella hay que referir, como a su génesis, los demás títulos de la cultura occidental, si aspiramos a encuadrarla, más que como simple periodo histórico, como progresiva eclosión del inmarcesible y eterno Reino de Cristo.